

detestable, libre y clausurada..." (p. 297)

Así, cuando la novela termina en forma igual a la que comienza, nos va a iniciar en una historia y un personaje que ya conocemos. Por lo tanto, se trata de un narrador más cercano aún, de un viejo amigo. Este procedimiento, además de acercarnos al narrador, denuncia una complicada concepción del tiempo —lineal y cíclico, a la vez—; trae una nota optimista en la posibilidad de un revivir, de un volver a empezar; despista con la ironía y la ambigüedad de la amenaza de una imposibilidad de reiniciar una vida en forma distinta a la comenzada:

Desde aquí mismo escribo, aunque las palabras se me traban. Tácholas de esa pared con un parpadeo. Comienzo de nuevo. Y de nuevo. Y no sirve, y maldigo, y vuelvo a probar, y con grave lentitud paso a la oración que la oración anterior me exige. Y por fin comienza a cobrar forma en la pared este párrafo que me crece dentro:

"La limousine se desliza lenta por la carretera, a pocas cuadras de la Universidad que ya avizoro. Torre. Verja de hierro. Césped. Arquitectura morisca de relumbrón. No se parece en nada a la de La Habana..." (p. 297)

Por otro lado, genera interrogantes al final, tales como: ¿se repetirá la narración en un ciclo de nunca acabar?, ¿será otra vida?; en fin, como decía Julio Ortega en *La contemplación y la fiesta*: "hay otra novela después de la última página".

Saldivia es un desplazado espiritual. Vivía sobre unas creencias que a su vez tronchaban en unas realidades. Desaparecidas sus realidades, se esfuman

las creencias y queda flotando en la nada.

La desaparición de esas realidades sin que él lo haya notado es posible por su desarraigo. Este desarraigo lo ha convertido en un exiliado moral con un anticastrismo equilibrado por su rechazo de su realidad (Puerto Rico).

Por lo tanto, nos quedamos con un hombre sin mundo tanto en términos subjetivos como ontológicos; y..., sin mundo en términos sociales también. O sea, un espectador ante dos realidades que se le dan como en un escaparate. De ahí su crisis, sus luchas internas, su actitud crítica que señala defectos a uno y otro lado: por eso es un *Francotirador*... de ahí su capacidad histriónica de pasar por lo que no es, de "camouflage", de atacar todo.

Sin embargo, ser un francotirador, también implica una soledad, una vulnerabilidad, un riesgo... también eso está en la novela.

La técnica y la estructura y los niveles de la obra están determinados por la creación de este personaje. Así, la novela, además de ser una "épica de personaje" (cosa que explica su continuidad más allá de su fin), además de esto, requiere que el personaje se transforme en la problemática misma que se plantea.

Por eso Saldivia es algo más que un cubano que va o no va a Cuba; que va como contrarrevolucionario o como revolucionario. Saldivia personifica una lucha de principios; el problema del liberal, el problema del nacionalista, etc., frente a la revolución socialista y a su deber como intelectual ante su mundo.

La estructura del género —novela de personaje— es tan intensa que el personaje mismo la porta. Esto, sería más propio del cuento. De ahí que la novela sea el cruce de dos cuentos largos o "nouvelles"...

enseñar es pervertir

Por Miguel Donoso Pareja

Juan García Ponce conoce a Musil y se apoya en él. Lo hace ahora sin eufemismos, a partir del recurso fácil —y por lo mismo muy funcional— del maestro de literatura que, en el devenir de su curso, habla sobre *La realización del amor*.

La cuestión, por cierto, implicaba un desafío: enfrentarse a Musil en su propio terreno, ya no como influencia, entonces, sino como referencia. Y García Ponce sale bien librado, a pesar de una que otra tiesura en los diálogos que, a ratos, no puede evitar.

*El libro** se abre con una clave fundamental: "Enseñar es pervertir." Así, el conocimiento como pérdida de la

inocencia se vuelve, como dice el propio Musil, en el sustratum de los "hombres de la posibilidad", es decir, con la "facultad de pensar en todo aquello que podría igualmente ser, y de no conceder, a lo que es, más importancia que a lo que no es".

De allí, por eso, que la relación que va estableciéndose entre el maestro del cuento y una de sus alumnas —situación que es propuesta analítica, acertada y minuciosamente por García Ponce— sea "viva y sea tan concreta y al mismo tiempo pueda ser otra, como si estuviera dividida en dos y esas partes nunca se tocan, a pesar de que las dos le pertenecen y las dos son ella".

Planteado así —a partir de Claudine, la protagonista de *La realización del*



amor—, el problema va afirmándose y, al mismo tiempo, diluyéndose, llegando a un punto en que, precisamente por abstraerse, se concreta. El maestro —Eduardo— lo señala, en los siguientes términos: "...al final ella es una sola y encuentra la unión y lo otro, lo que está fuera y dentro de ella: su amor".

En esta novela —como en *La bañera*— García Ponce muestra, creo que definitivamente, su madurez de escritor. Desmenuzando una situación dada, funcionando analíticamente —lo cual señala una vez más sus ligas con la literatura y la filosofía alemanas—, el autor de *El libro* ajusta su idioma, lo adecúa —desnudándolo— a una atmósfera que no necesita complicar con grandes entrecruzamientos de planos ni de tiempos para que sea densa y rica.

Su fuerza, en realidad, radica en la situación misma, en la manera de exponerla y en el manejo de las ideas que, en manera alguna, se desvincula de la acción ni del mundo emotivo de los protagonistas del drama.

Así, la narración lineal, tradicionalísima, va marcando una estructura clara, casi preceptiva y según los cánones de lo que era —y es todavía para algunos— "saber escribir una novela", esto es, con planteamiento, nudo y desenlace.

Este proceso está marcado por una palabra alemana que García Ponce puntualiza que es intraducible: *vollendung*; y significa "una realización última, una consumación, que está un poco unida a la muerte de lo que se alcanza, así que en cierta forma es también un fin o tal vez un nuevo principio, desde un punto absoluto".

En estos términos, el encuentro de Eduardo y Marcela tiene que producirse como realización última, en cuanto tal: nace y muere, se consume, pero simultáneamente permanece, se afianza como absoluto, como punto de partida de nuevas y fungibles consumaciones. Sólo entonces puede tener Marcela su *amor*, que es algo que "está fuera y dentro de ella", que le pertenece como

* Juan García Ponce: *El libro*. México, Siglo XXI, 1970, 158 pp.

absoluto —en cuanto capacidad de amar y de vivir—, pero también como realidad, como posibilidad de que, en un momento idealmente apetecido, se cumpla en su más auténtica y permanente identidad.

Encuentro de sí mismo, en definitiva, la novela propone un personaje femenino que busca su identidad, su derecho a ser por sí misma. “Es muy raro”, le dice ella a Eduardo, “siento que ha pasado muchísimo tiempo y que yo no soy nada. Nunca me había dado cuenta que uno puede perderse así en las cosas. Sólo tú eres real; pero ni siquiera puedo acercárteme”.

El hombre, pues, resulta inasible para ella, a partir de su propia inasibilidad, de su ausencia de realización. Por eso, el amor de él la empuja a diferentes consumaciones, a *su amor*, a un novio al que Marcela podía darle —en la medida de su propio encuentro y en busca de un mayor crecimiento— lo que Eduardo le daba —quitándoselo— a ella.

El “telonazo” final es, quizás, el mayor acierto de García Ponce, que deja al lector una sensación entre dulce y amarga, pero absolutamente real. Ella dice: “...dentro de todo este movimiento en el que apenas nos sentimos, hay quizás un centro único, inmovible, y si uno se deja ser ignorándolo, a veces es posible entreverlo, casi tocarlo, dentro y fuera de uno al mismo tiempo, como una totalidad inconmensurable y como un vacío. Pero el centro está y los caminos hacia él son la única moral. Tú tratate de enseñarme eso y ahora lo sé contigo”.

Y él: “...encontró entre las cerradas hileras de libros conocidos el agujero que creaba entre ellos el que ahora era de Marcela y ese agujero, en el que sólo se hallaba un vacío, estaba lleno de la presencia de ella y se la entregaba”.

Allí, pues, en la ausencia, tenían que identificarse, como dos vidas que no podían coincidir, pero que necesariamente tendrían que encontrar sus respectivas coincidencias, o seguir los caminos hacia esa totalidad inconmensurable, hacia ese centro de cuya existencia tenían, sólo a partir de ellos, conciencia, aun con el riesgo de no hallarlo.



lenin y su herencia

Por Julián Meza

La utopía (en el sentido que Marcuse da a este concepto) sólo tiene dos caminos para objetivarse: plasmarse fragmentariamente en la realidad social o convertirse absoluta o casi absolutamente en práctica social dominante. Hasta ahora, nunca ha ocurrido esto último, y las grandes utopías, decantadas por los mismos hombres que han tratado de llevarlas a la práctica, sólo se han realizado parcialmente. Y esto es precisamente lo que ocurrió a los grandes proyectos y ambiciones políticas de Lenin, elaborados en el curso de lo que Moshé Lewin llama su último combate.*

¿Quiso o no Lenin hacer de la URSS lo que ésta fue a raíz de su muerte y es actualmente? Esta gran interrogante, que se alza por encima de toda justificación mediocre o apasionada, ha permanecido durante mucho tiempo en espera de una respuesta satisfactoria. Los historiadores rusos, atentos a la conveniencia política del Kremlin, están fuera de esta polémica: sólo tienen a su alcance justificaciones mediocres. Por el contrario, apasionadamente (y la pasión está por encima de toda mediocridad), primero Trotsky y más tarde Deutscher respondieron ampliamente a la interrogante. Finalmente, Rudi Dutschke y Moshé Lewin responden también, pero ya no desde la óptica roma que genera el maniqueísmo político al atender tan sólo al binomio Stalin-Trotsky. Trotsky se situó en el terreno de la discusión como participante, como conciencia moral a quien se infligió una derrota, sumamente dolorosa por otra parte. Deutscher habla, más que nada, en defensa de Trotsky. Y Dutschke toma parte en la discusión analizando el problema en función de acontecimientos políticos actuales, trasciende las limitaciones propias del maniqueísmo político y la estupidez de quienes creen en la reversibilidad de sucesos políticos pasados.

Moshé Lewin, destacado historiador de origen polaco, autor de *La Paysannerie et le pouvoir soviétique* y *Le grand débat*, analiza minuciosamente los combates políticos librados por Lenin en sus últimos años de vida: la implantación de la Nueva Política Económica (Nep), el problema de las nacionalidades (o asunto de los georgianos), las dificultades y disputas habidas en torno al problema del monopolio del comercio ex-

terior, y lo que ha dado en llamarse el “testamento” político de Lenin. En su opinión, aunque no lo diga explícitamente, todos estos combates los perdió Lenin: sus proyectos fueron sistemáticamente burocratizados y prácticamente anulados por Stalin.

En primer lugar está la Nep, verdadera intrusa en el contexto de los planes (¿o acaso sólo hubo siempre nada más que improvisaciones?) de los bolcheviques hasta el momento en que toman el poder, encaminada a sacar a la agricultura y —en términos generales— al país del marasmo en que estaban sumergidos. Pero la Nep, al mismo tiempo que estaba orientada hacia esto, también estaba destinada a hacer concesiones a los capitalistas, locales y extranjeros (para Lenin, en este momento, la amenaza de la contrarrevolución ya no proviene de la burguesía; el peligro real lo constituye la pequeña burguesía, el campesinado), con lo cual se produjo un notorio desconcierto en las filas de los bolcheviques, en el Partido e incluso en el propio Lenin, que así lo confiesa. En función de esta política se produjo un conflicto de proporciones también considerables en torno al problema suscitado por el monopolio del comercio exterior, respecto del cual discreparán Lenin y Stalin: los resultados de este enfrentamiento fueron similares a los producidos por sus diferencias en torno al problema de las nacionalidades.

Esta situación trajo como consecuencia la introducción del término “capitalismo de Estado”, que ya en ese momento y principalmente en lo sucesivo habría de provocar un sinnúmero de malentendidos y tergiversaciones no sólo en la URSS sino en las “democracias populares” surgidas a raíz de la Segunda Guerra y, con mayor amplitud, en los lineamientos políticos de la inmensa mayoría de los partidos comunistas del Este y del Oeste. Sin embargo, en un terreno más inmediato, lo significativo radica en el hecho de que el principal objetivo de la Nep fue el de conceder a los campesinos “una fuerte dosis de capitalismo a cambio de ‘lo demás’, a saber, el poder político en manos de los bolcheviques”: operación, como señala el mismo Lewin, hasta cierto punto ventajosa, pero llena de peligros, pues esto contribuiría a la burocratización del poder.

En segundo lugar está el llamado asunto de los georgianos, en relación al

* Moshé Lewin: *El último combate de Lenin*. Editorial Lumen, Barcelona, 1970, 212 pp.